ENRIQUE PLANAS

Demasiada responsabilidad

LITERATURA RANDOM HOUSE

Demasiada responsabilidad

Demasiada responsabilidad

ENRIQUE PLANAS

Ilustraciones de
Eduardo Tokeshi

LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Perú

@megustaleerpe

@megustaleerpe

Penguin Random House Grupo Editorial

Índice

Demasiada responsabilidad
Dedicatoria
El verdadero héroe
El gran truco
El equipo B
Cuando quemaron al diablo
Escritor de vacaciones
Mi historia personal del boom
Demasiadas coca colas
El dedo y la esperanza
La mujer bolsa
Muñecas de la parada
Los ojos de Astroboy
Dos niñas y un perro
Pánico
Tokeshi y los niños
Recordar el entusiasmo
Circo de animales
Formas de entender a Beethoven
La discusión repetida
Reacción de madres
La Nefertiti
Día de la madre
Fiebre
El hombre pez
Bond
El pasajero sentimental
Alicia hasta en la sopa
Papá Noel es sueco
Las vacas flacas
El tesoro de la juventud
Paracas
Sobre el libro

Sobre el autor
Créditos

Para Malú,
corresponsable.

EL VERDADERO HÉROE

Joaquín acaba de cumplir cinco años. Y ya hace buen tiempo que heredó de mí el gusto por las historias de superhéroes. En el cine, nos hemos columpiado de los edificios al lado del Hombre Araña, protegido de las balas tras el escudo del Capitán América, enfundado en la armadura de Ironman para sobrevolar la isla de Manhattan. Quizás me adelanté en darle a conocer ese mundo porque, en el fondo, sueño con que mi hijo desarrolle el valor que yo no tengo. Quiero que sea mi propio héroe. Espero que, algún día, me salve de mí mismo.

Entre las muchas películas vistas, nada se compara, en mi aprendizaje como padre, a nuestra aventura con Linterna Verde. Pocas semanas antes del estreno, llegó a la redacción material promocional de la cinta dirigida por Martin Campbell y protagonizada por Ryan Reynolds. Uno de los objetos atrajo mi atención. Era una caja negra y brillante que, en su interior, guardaba el anillo que el extraterrestre Abin Sur le entrega a Hal Jordan en su último suspiro. Una pequeña y escondida fuente de luz cae sobre su poderosa piedra esmeralda, y el anillo en verdad parece contener todo el poder del universo.

Entonces preparo un plan. Leo con Joaquín historias de Linterna Verde, patrullamos juntos el Sector Espacial 2814 como parte de los Green Lantern Corps, la fuerza policial intergaláctica bajo las órdenes de los Guardianes del Universo. Y esperamos con ansiedad infantil el estreno de la película, que veremos siempre comiendo canchita y bebiendo

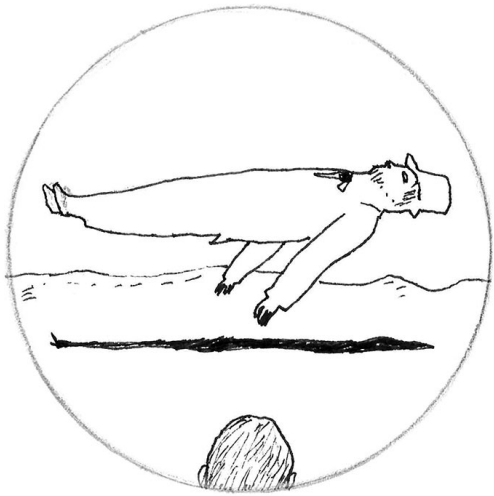
chicha morada, como a él le gusta. Me gusta ver su rostro absorto, de ojos muy abiertos, casi sin pestañear, mientras en la pantalla la tierra nuevamente está en peligro y necesita un superhéroe. De vez en cuando me hace preguntas, comenta momentos divertidos y, en los más tenebrosos, evito la risa cuando le veo taparse discretamente los ojos con las manos.

Pero lo que yo he estado esperando es el regreso a casa. Después de contarle entusiasmado su versión del filme a su madre, yo llevo a mi hijo a su cuarto, lo siento en su cama, y preparo una atmósfera teatral reduciendo la luz. Le digo que tengo una sorpresa para él. Le cuento la historia de un encuentro del tercer tipo y de un anillo que me ha sido entregado para defender la galaxia.

—Ahora el anillo es tuyo— le digo mientras abro la caja y veo cómo la energía verde baña su rostro. Incluso le propongo pronunciar juntos el juramento de los Linternas Verdes cuando cargan su anillo con la batería personal de poder: *"En el día más brillante, en la noche más oscura, el mal no escapará de mi vigía…"*.

Mi hijo contempla aquel símbolo de poder con fascinación, como si descubriera que su mayor fantasía se ha convertido en una realidad cercana al tacto. Sin embargo, su mirada cambia, y él me observa entonces con pánico. Sus manos cierran la caja y me la devuelve.

Y, como el hombre maduro que yo jamás seré, me responde: *No papá, mejor no. Es demasiada responsabilidad.*



EL GRAN TRUCO

El escritor argentino Fabián Casas me contó esta historia: cuando era chico, cada mañana, no se perdía el programa del mago Fantasio que emitía la televisión porteña. Envuelto en su capa negra, era un tipo hermoso, de rostro cincelado como el de Sean Connery cuando interpretaba a James Bond. De todos los trucos que presentaba, había uno que maravillaba al pequeño Fabián: flanqueado por cinco niños por derecha y cinco por izquierda, Fantasio decía: *¡Ahora voy a pesar 200 kilos!* antes de lanzarse de espaldas. Como es obvio, los chicos no podían sostenerlo y caían todos con él. Luego, de nuevo en pie, repetía el acto reduciendo en cada intento el peso anunciado: 150 kilos, 100 kilos, 50 kilos, y vuelta al suelo sobre un colchón de niños felices. Hasta que llegaba el momento en que el prestidigitador juraba que pesaría lo que una pluma. Y al lanzarse, en efecto, la pandilla podía sostenerlo en el aire, sin mayor esfuerzo. El hombre flotaba.

A Casas ese truco lo volvía loco. El juego de magia de Fantasio se vendía en los grandes almacenes y él le pedía a su padre que se lo comprara. Con el equipo que venía en la caja podía cortarse un dedo y luego mostrarlo entero, sacar de su varita pañuelos rojos, azules y verdes, y un pájaro de papel aparecía de las profundidades de su sombrero. Pero nada sobre el truco de la levitación.

Pasó el tiempo y ya el niño se había convertido en un joven escritor.

Ocurrió en su club de natación, cambiándose en el

vestuario antes de meterse al agua. Un comentario suelto, disparado al aire, llamó su atención. Alguien había compartido un chiste sobre Fantasio. Y él, que mantenía viva la flama de la curiosidad, recordó con sus compañeros el gran truco cuyo misterio nunca pudo resolver.

Entonces sucedió. Con una sonrisa, uno de los asociados del club se reveló: *Yo fui uno de los chicos que sostuvo a Fantasio*, dijo.

No lo decía por seguirle el juego. Era verdad. El muchacho recordó cómo, en la temporada de vacaciones, él y sus compañeros de reparto llegaban al canal por la mañana, se encendían las luces del estudio y se producía el programa en un set privado de escenografía. *¿Y cuál era el secreto del gran truco?*, preguntó Casas, con la ansiedad de quien ha esperado toda la vida aquella respuesta. *¿El tipo se sostenía de cables cuando se lanzaba? ¿Lo cargaban con ayuda?*

No había truco, le respondió. *De golpe, el tipo no pesaba nada.*

Allí Casas terminó su historia. No hay trucos: es la vida la que escapa a nuestro sentido de la racionalidad. Un lapso extraño que nos rompe la rutina, que nos hace pisar terrenos extraños que recorremos apoyados en la intuición. Es el vértigo de la incertidumbre lo que la mirada del escritor intenta reproducir.

EL EQUIPO B

Antes de cumplir los diez años, uno cree que existen cosas realmente importantes. Para mí, el fútbol era una de ellas. Para alguien que de niño se tropezaba con sus propios pies, puede entenderse que mi experiencia corriendo detrás de una pelota no fuera del todo grata. Era un defensa entusiasta, pero poco efectivo por culpa de mis dos piernas izquierdas. Mi particular desempeño no era comprendido por mis compañeros de equipo, y ni qué decir de los espectadores. Incluso mis padres me pifiaron alguna vez.

Antes de escribir esta historia, he reflexionado largamente sobre mi lastimosa condición de futbolista. Y recién ahora soy consciente de que mi frustración, desde mis años de colegio, tenía como símbolo una discriminatoria letra B. En efecto, dividir a los estudiantes en dos equipos, el A y el B, es según la lógica del docente una cuestión de orden práctico. Sin embargo, una misteriosa fuerza magnética determinaba siempre que el equipo A convocase una mezcla de lumpen escolar furioso, todos brillantes a la hora de golpear, romper y putear mientras sudaban la camiseta. Era la gente más indisciplinada e irresponsable, todos ellos mucho mejores jugadores y más afortunados con las chicas que nosotros, los del grupo B, heterogénea reunión de entusiastas segundones, chicos con problemas de lenguaje, ex integrantes del grupo A (dados de baja por accidentes o ajustes de cuentas) o, como fue mi caso, partidarios del juego propio por su total incapacidad de jugar con coherencia.

Nosotros, los del equipo B, creíamos ingenuamente que con empeño y trabajo conjunto podíamos convertirnos en los vencedores del campeonato escolar. Entonces nadie supo abrirnos los ojos, hacernos entender que el grupo A dominaba no solo la pelota, sino cualquier recurso extradeportivo que definía, finalmente, quién ocupaba el podio.

Me faltó un consejero con tacto que me recomendara abandonar el fútbol a tiempo para salvar mi infancia. Tarde comprendí que el fútbol era más que un simple juego. Es una parábola de la vida, una muestra gratis de todos los males y virtudes que ofrece el sistema.

Ahora lo entiendo: una mayoría llega a la mesa cuando las cartas ya han sido repartidas. Lo mejor está reservado para aquellos que saben saltar al vacío, meter la cabeza en lo oscuro y agarrar la vida a patadas mientras corren por el borde del precipicio. Es una de esas cosas que no te enseñan en la escuela, donde se empeñan en dividir el rebaño para evitar cualquier estampida. Al director técnico que rige nuestras vidas le conviene que todos los jugadores del equipo B aceptemos la evidencia: al equipo A ingresan unos pocos. Y el resto, que aplauda. Caso contrario, caeríamos en el caos, en el autogol existencial.

CUANDO QUEMARON AL DIABLO

Había muerto Pablo VI y el hermano Eduardo nos hizo orar por él. A la semana siguiente, nos hizo cantar cuando eligieron a Juan Pablo I. Pasó un mes y nos explicó que ese papa resultó tan bueno que Dios quiso tenerlo rápido a su lado, y por ello tuvimos nuevamente que rezar para despedirlo y cantar por el siguiente elegido, Juan Pablo II. Tal desfile de nombres y números romanos resultaba confuso a mis 7 años, la edad en que descubrí la existencia del cielo y del infierno. El hermano Eduardo nos hablaba de amar a un creador al que también había que temer, apoyándose en sus clases en las más impresionantes ilustraciones traídas de España, del rincón de alguna catedral gótica, atesoradas quizás por un cura franquista. No eran láminas corrientes. Eran verdaderas pinturas, craqueladas por el tiempo y el uso, que plasmaban tanto la belleza del paraíso terrenal como la desesperación de las almas condenadas al infierno. Las primeras no llego a recordarlas, pero las dedicadas a Lucifer y su escenario sulfúrico las tengo grabadas a fuego en la memoria.

Los papas iban todos al cielo. Pero los niños de segundo grado de primaria corríamos el riesgo de ser sometidos a las tentaciones y tormentos que era capaz de reunir la macabra imaginación de un ilustrador anónimo de fines de siglo XIX. Mis pesadillas de entonces copiaban todos los detalles de aquellas estampas: diablos con cola puntiaguda y alas de murciélago (para formar precoces seguidores de Batman),

mortales pecadores siempre jorobados y vestidos de negro (que vinculan la maldad con la mala postura) y almas condenadas que caen siempre de cabeza a un lago de lava naranja, siendo sus pies callosos lo último en calcinarse.

Mi relación con Dios y el catolicismo ha conocido crisis de fe y periodos de ateísmo de izquierda para, finalmente, recalar en un agnosticismo burgués. Sin embargo, las láminas del hermano Eduardo siempre están allí, atormentándome, advirtiéndome que la tentación acecha en forma de seducción femenina y que hay monstruos de maldad que brotan de los árboles. De niño no entiendes que el infierno, aunque nos pese, resulta más próximo. Su paisaje pintado se parece más al mundo real porque refleja nuestras humanas culpas y locuras, mientras que la imagen del cielo es producto de nuestra pálida fantasía.

Años después volví al colegio con una idea clara: comprar esas viejas láminas y colgarlas en casa con el orgullo del coleccionista millonario que conserva un cuadro del Bosco en su pinacoteca. *¿Esas cosas horribles? Las quemamos hace tiempo*, me explicó un sacerdote joven, extrañado por mi interés.

Por lo visto, hay cosas que cambian en la Iglesia. Sin embargo, aquellos demonios que anidaron en la imaginación de un pequeño, esos, permanecen.

ESCRITOR DE VACACIONES

Quince días he salido de vacaciones. Esas vacaciones con las que todo el mundo se ilusiona. Con mi esposa habíamos sacado cuentas para planear un viaje, pero todos los planes que habían llegado a nuestras manos resultaban impagables. No he debido abusar así de las tarjetas de crédito, ahora bloqueadas. Entonces decidí dedicar esas dos semanas a empezar una novela que hasta ahora no me lleva a ninguna parte. Amantes que se encuentran demasiado rápido, situaciones en las que no sucede nada, personajes tan unidimensionales que ni siquiera se me ocurre un nombre para ellos. Mi viaje a la ficción resulta tan inviable como aquel del mundo real que no puedo pagar. Estoy condenado a no ir a ninguna parte.

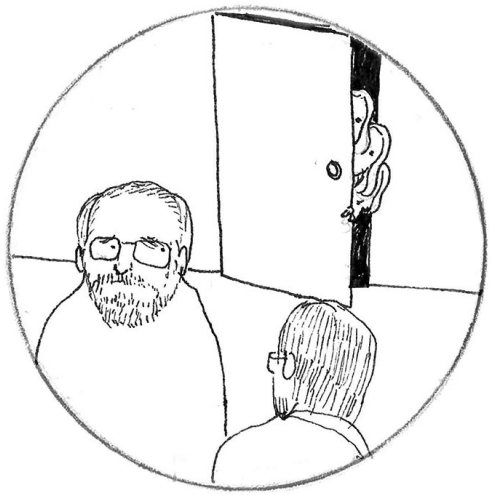
Me levanto temprano, preparándome para la escritura. Un poco a la fuerza, porque tengo la sensación de que las cuatro paredes de mi departamento no quieren que escriba. La televisión es demasiado atractiva, la casa está demasiado desordenada y necesita algo de limpieza, la bebé ha vuelto a hacerse encima. El mundo es una factura que olvidaste pagar.

Intento retomar la disciplina. El café ayuda mucho a calentar la esperanza de ponerse en marcha. He leído cómo mis superhéroes rompían el bloqueo para enfrentar a la palabra: Balzac necesitaba manzanas para inspirarse. Pedro Salinas solo escribía con tinta verde. García Márquez tenía debilidad por las flores amarillas. Flaubert trabajaba envuelto en una bata, y tanto Proust como Colette y Onetti lo hacían

de forma horizontal, acostados en su cama. A veces, parecen más ficción que realidad los lugares y hábitos que definen a los escritores.

Intento convencerme de que la escritura es un espacio mental más que físico. Que en literatura el único espacio palpable es la página en blanco, el cuaderno a rayas o la pantalla de la computadora. El maestro Henry Miller sostenía que la mayoría de los escritores trabajan en una posición incómoda. Modestamente, luego de cambiar el pañal de Montserrat y volver al teclado, suscribo sus palabras. Posiblemente esta incomodidad constituye una especie de estímulo. En sus deliciosos galimatías, mi hija me pide mandarinas, luego exige que les quite la cáscara y que, por último, las coloque en el plato de plástico en la mesa a la que me lleva para jugar al té. Pensando en escribir, devoro los panes invisibles que me invita y bebo de tazas dibujadas en el aire para verla sonreírme. Y luego vuelvo a mis papeles, ya desgarrados, que esperan ser lanzados al papelero: versiones previas impresas que me rodean como una caspa literaria. De pronto, Montserrat me sorprende llevándose esos fragmentos para sus propios juegos. Regresa a mí a trompicones y me los devuelve en un plato, esperando que yo los mastique y le diga que están deliciosos.

De pronto, todo está claro. Estas son las mejores vacaciones de mi vida.



MI HISTORIA PERSONAL DEL BOOM

Conocí a José Donoso en abril de 1995, en la Feria del Libro de Buenos Aires. Ajustaba sus audífonos para escuchar a los pocos lectores que esperaban por su firma en medio del ruido de las novedades editoriales, ajeno al frenesí de los escritores que atraen multitudes. Tenía 70 años, pero parecía una década mayor. Recuerdo que no se burló al ver a un nervioso periodista de 24 años leyendo sus preguntas de una libreta. Después de la entrevista, fue él quien hizo las preguntas. Quiso saber de mi largo viaje en autobús desde Lima, de mi búsqueda de trabajo y de mis planes de publicar una novela. *Si a tu regreso pasas por Santiago, ven a verme*, dijo.

Le tomé la palabra. Semanas después, en su casa del barrio de Providencia, Donoso me pidió que lo acompañara a subir, despacio, los escalones que conducían a su estudio en el tercer piso. Me habló de la novela que lo tenía ocupado y de su proyecto para escribir telenovelas. Yo le entregué el manuscrito de mi primer libro y él se ofreció a leerlo.

En ese momento, la señora de la limpieza abrió la puerta cargando una aspiradora. *Su esposa me envió a limpiar*, dijo. Donoso le explicó que tenía visita y le pidió que regresara más tarde.

Retomamos la conversación y le hablé de Ribeyro, fallecido meses antes. Él confesó no haberlo leído y yo escondí mi decepción. Tocaron entonces la puerta. Era Pilar, su hija. *¿Todo bien, papá?*, preguntó estudiándome con la mirada. Minutos después, nos interrumpió un pertinaz concierto de

golpes que provenía de la segunda planta, ejecutado con el palo de una escoba contra el techo. Donoso se disculpó y bajó las escaleras. Al regresar, se sumergió en su sillón. *Voy a tener que echarte*, me anunció. Agradecí su hospitalidad, aunque al cerrarse la puerta detrás intenté encontrar la razón del final tan abrupto para mi visita.

Donoso falleció un año después. Cuando volví a Santiago para escribir una tesis sobre él, su casa había sido derruida y un edificio de departamentos ocupaba su lugar. A una de mis entrevistadas, una amable profesora de literatura, lesbiana y experta en *El obsceno pájaro de la noche*, le conté de aquel encuentro, de su mucama con la aspiradora y de los misteriosos golpes en el piso.

Me dice: *¿Acaso no lo entiendes? A una vieja como yo, jamás le dio una cita. A ti, un muchacho recién salido del cascarón, le abre las puertas. ¿No sabes que el secreto mejor guardado de la literatura chilena era su homosexualidad?*

Mi historia personal del Boom recuerda el esfuerzo de una corte de mujeres para no dejarme a solas con Donoso. Y yo sonrío al contarla, honrado de haber sido grato a los ojos del maestro.

DEMASIADAS COCA COLAS

Fue en septiembre de 1993 cuando murió. No sabía que estaba enfermo. El ataque cardíaco lo fulminó sobre su escritorio. Contabilizaba 53 años, dos cajetillas de cigarrillos diarias, un refrigerador saturado de coca colas y la amenaza muy próxima de perder el empleo a causa de una inminente "reingeniería", eufemismo utilizado para esconder el reemplazo sistemático de empleados maduros con beneficios laborales por personal 30 años menor y sin contrato fijo.

En vida, nunca se interesó en mi sueño de ser un escritor. Nunca lo vi leer una novela. Y aunque no se preciaba de ello, jamás sintió que las ficciones literarias fueran necesarias en su vida. Hace muchos años dejé de juzgarlo por eso.

Al enfrentarnos a la muerte, solemos convertirnos en protagonistas de la telenovela más insoportablemente sobreactuada. Los parientes más cercanos nos abruman de pausas dramáticas, nos escamotean información, se niegan a explicarnos lo que sucede temiendo el daño que pueda infligirnos la verdad disparada a quemarropa. Por teléfono, me dijeron que se había puesto mal. Cuando llegué a la clínica, solo vi a mis hermanas llorar. Traté ingenuamente de consolarlas repitiéndoles que el viejo era una hierba mala resistente. Fueron ellas las que me dijeron que abandonara toda fe en las buenas noticias. Había muerto hacía horas.

Cuando en la clínica nos entregaron los objetos que llevaba consigo, recuerdo que encontramos en su billetera un papel doblado donde había apuntado su cita con el cardiólogo,

programada para el día siguiente. Crueldad del destino: no regala tiempo suficiente para el chequeo de rutina que puede salvarte.

Después del entierro, la vida siguió, más o menos, su curso. Lo curioso es que entonces yo escribía mi primera novela, en la que unos bandoleros asesinan al padre del protagonista. La había abandonado en un cajón porque no podía traducir en palabras el dolor que puede sentir quien sufre la pérdida del padre.

Hasta que la propia experiencia te da la respuesta.

Me encerré entonces en mi cuarto para vivir un periodo de escritura concentrada y obsesa, una densidad que nunca después he podido alcanzar. Incluso llegué a sentir culpa al barajar una idea descabellada: que mi padre había muerto con el propósito de que yo pudiera concluir mi libro. Terminé el borrador en solo tres meses y, después de repartirnos entre los hermanos la póliza de su seguro, pude costear una autoedición que se disolvió rápido. No tuve el cuidado de conservar un ejemplar para mí.

El dolor por la pérdida adopta muchas formas. A veces se cristaliza sobre el papel, cuando has escrito para vengar una muerte, cuando una novela se convierte en el último y frágil vínculo que conservas con quien debiste amar más.

EL DEDO Y LA ESPERANZA

Hace poco tiempo, mi pequeña Montserrat se pilló el dedo pulgar con la puerta. La verdad, no pensaba escribir sobre su accidente. No estaba en mi interés contar que, pisando los pasos de su hermano, convertida en su sombra para seguir de cerca sus juegos, estuvo donde no debía estar cuando Joaquín cerró tras él la puerta del baño, al fondo del pasadizo. Yo no estuve, me lo contó mi esposa: mi pequeña hija soltó los gritos más desgarradores que podía dar una criatura que recién conoce el dolor. Una hora después, alcancé a ambas en la clínica. Mi bebé tenía el pulgar vendado y en su cara, repuesta del llanto, había la mirada más conmovedora, la de toda víctima inocente. Revisamos con el doctor las tranquilizadoras placas de rayos X, que desecharon cualquier posibilidad de fractura. Por primera vez vi los huesos de mi niña de un año y cinco meses, tan pequeños, tan cartilaginosos aún, felizmente intactos.

Pensé que no iba a escribir sobre eso, repito. Especialmente porque no había nada que pudiera trascender la conmoción de todo accidente, o del dolor por transferencia que sentimos los padres. En el auto, de regreso a casa, Montserrat, ya atendida, ya con el dedo vendado, elige chupar el otro pulgar para tranquilizarse. Yo, en cambio, pienso que hubiera ofrecido gustoso darme un martillazo sobre la cutícula si con ello pudiera haber evitado lo sucedido, como si pudiera plantearle al destino intercambiar mi lugar con el de mi hija. Tan débil me sentía por su pequeño pulgar sin uña que repetí,

en diferido sobre el volante, su llanto. Cobarde como soy, siempre fui incapaz de mirar la herida en el dedo que, día a día, su madre se encargó de limpiar y volver a arropar cariñosamente con gasas asépticas.

El tiempo me da una razón para escribir esta columna. Pasadas dos semanas, el pulgar en carne viva de Montserrat ya había cicatrizado y, liberado de las vendas, empezaba a regenerarse. Entonces empecé a apreciar su recuperación. Al inicio, la punta de su pulgar parecía un pequeño muñón. Luego, asomando tímidamente día a día, fue apareciendo una uña que, para mí, tenía la grandeza de un amanecer. Una semana más tarde, la más bella escama ha crecido ya unos milímetros, cubriendo la mitad del camino.

El sábado pasado perdimos a un amigo. Y, mientras la desgracia nos toca de cerca, escribo sobre el dedo de mi pequeña hija, mordido por una puerta. Yo mismo intento entender la elección del tema. Supongo que es mi forma de encontrar fuerzas para seguir y resignación para entender lo absurdo. Lo cierto es que aquella pequeña uña que crece se ha convertido para mí en la metáfora de lo verdaderamente importante. Un símbolo de que, aunque la violencia quiera arrancarnos todo, la esperanza, creciendo pequeñita en medio de las heridas, prevalece.

LA MUJER BOLSA

Es uno de esos días de luz bárbara y afilada, de un verano que se repite y se repite. A esa hora, creemos revivir, una y otra vez, la misma mañana. Camino con mi hijo hasta el colegio y al dejarlo en su salón no olvido entregarle su lonchera. Luego recorro las cinco cuadras que separan el colegio de la estación del Metropolitano. Pasaré la tarjeta por la lectora y formaré en la cola frente a una puerta automática que, en el minuto exacto, como todos los días, se abrirá para permitir el acceso al bus que me llevará a la Estación Central. Recorrerá su camino predeterminado y, al detenerse en la estación Benavides, cuando los pasajeros retomen su ballet de ir y venir, volveré a encontrarme con la misma mujer, detenida en la estrecha vereda por donde recorre un lado de la Vía Expresa. Va vestida de azul y amarillo fosforescente, acompañada solo por su cilindro, su recogedor y una hoja de palmera que utiliza como escoba. Por treinta segundos me quedo mirando cómo una bolsa negra la cubre hasta la cintura. ¿Qué hace una mujer detenida a un lado del tráfico, ajena a todo, protegida por esa coraza de polipropileno? Es la pregunta que me rehago cada vez que coincidimos. Trato de retener su imagen un momento, como quien intenta memorizar el título de una canción. Pero luego la olvidaré. Así ha sucedido siempre, atrapado en este bucle de tiempo.

Un día demoro algunos minutos más en el colegio de mi hijo, viéndolo jugar en el patio con sus compañeros. Juega ignorando que vive los días más dichosos de la vida que le

espera. Nos despedimos, no olvido nunca entregarle la lonchera y retomo el camino; sin embargo, algo en el engranaje del día se ha roto, porque al llegar a la estación veo pasar el Metropolitano frente a mí, como si se burlara de mi tardanza. El siguiente bus demorará cinco minutos, tiempo suficiente para que el día se revele distinto, para que el azar intervenga y altere con matices la rutina: serán otras las personas que suban y bajen, habrá cambiado el ritmo del tráfico; otros pequeños cambios parecen replantear la realidad. Vuelvo a encontrar en la estación de la Avenida Benavides a la mujer. O lo que queda de ella: ya no se detiene de pie frente al tráfico cubierta con una bolsa hasta la cintura. Ahora ha flexionado las rodillas y, al lado de su cilindro y su escoba, la bolsa la ha devorado por completo, confundiéndola con su equipo de limpieza. De pronto, puede verse cómo un líquido tímido brota abriéndose paso sobre la vereda para morir en la pista negra.

La suya es la estrategia del camuflaje: en una ciudad sin baños públicos y sumida en la repetición, una mujer ha decidido ser libre. Aunque para ello deba convertirse, por unos minutos, en basura.

MUÑECAS DE LA PARADA

Cada domingo, a lo largo de los últimos 15 años, mi amigo siempre hace lo mismo. Con el entusiasmo de un turista que recorre el mercadillo de antigüedades del porteño barrio de San Telmo, o de quien callejea por el Rastro madrileño, él busca tesoros en La Parada. El instrumental quirúrgico es su especialidad. Muchas veces ha encontrado lo que parecen ser sofisticados artilugios de tortura, invenciones de militantes funcionarios del Santo Oficio. Cualquiera que observe un chuzo del siglo XVII con el que se practicaban sangrías o una tenaza con la que los barberos sacaban las muelas olvidará ese lugar común que afirma que todo tiempo pasado fue mejor.

Los conoce a todos: vendedores e intermediarios, gente de amplio prontuario o profesores universitarios fascinados por el cambalache de un mundo en que lo antiguo y actual forman parte del mismo detritus. Ha recolectado máquinas increíbles, recuperado manuscritos de poetas imprescindibles y adquirido una primera edición en inglés de *Verdes colinas de África,* la novela de Hemingway. Y aunque pareciera no haber espacio en su departamento para un objeto más, siempre cada hallazgo encuentra un sitio.

Pero no estaba preparado para esto: sobre una carretilla, descubrió una desordenada pila de cuerpos de biscuit, pasta, bakelita y plástico. Piernas y brazos desplegados como arañas expectantes, torsos desnudos, cabellos revueltos como la hierba, sorprendidos ojos de vidrio y cuencas vacías, aún más

penetrantes. Sus boquitas, entreabiertas, parecían pedir ayuda sin perder la sonrisa. Eran todas muñecas antiguas, vistiendo a la moda victoriana, con sus nombres bordados en sus delicados vestiditos. Al verlas, mi amigo pensó que habían pasado mucho tiempo mimadas por una sola coleccionista. Sin embargo, había un denso paréntesis entre la ausencia de aquella aplicada dueña y su posterior exhumación sobre una carretilla. Un polvillo fino acumulado por años, el desgaste de las telas, la palidez tan humana de una piel craquelada, la resequedad de ojos que miran sin ver. Entendió que, si bien habían conocido el abandono hacía mucho, su actual humillación era reciente.

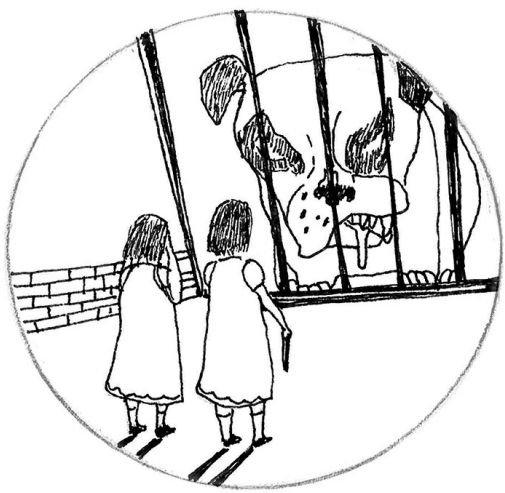
Reunió fondos y compró la colección. Al llevarla a casa, mi amigo pensó que su hija de tres años podría añadir cariño a la libertad que él les había concedido. Sin embargo, al desplegarlas todas sobre la mesa, tras el primer escalofrío, la pequeña descubrió, como solo puede percibirlo alguien que juega con muñecas, el vacío detrás de los ojos de un juguete muerto. No quiso acercarse a ellas, dejó de comer, no podía dormir. Él debió haberlo sabido: muchas veces los objetos no pueden liberarse de su historia. Decidió meterlas en una caja y alejarlas de su familia. Desde entonces, en una sórdida esquina de la azotea, ellas esperan una nueva oportunidad.

LOS OJOS DE ASTROBOY

La cultura occidental está dominada por absolutos. Creemos que la bondad es pura, como lo son también la maldad, la inocencia, la seducción. ¿Cómo estás?, preguntamos, y nos responden con purismos: "bien", "mal" o el peruanísimo "ahí". Cuando uno abre la puerta a una cultura ajena, como ocurre al leer un traducido manga japonés, descubrimos un mundo en que la pureza no existe y donde los opuestos se dan de forma simultánea. Repaso las páginas de *Astroboy* y recuerdo la serie animada que de niño veía las mañanas de los sábados. Antes de saber quién era Osamu Tezuka, su autor, despertaba temprano para ver las aventuras del pequeño robot de peinado extraño y botas negras. Eran rojas, en realidad, pero aún no llegaba al Perú la televisión a colores. Botas rojas como las de Superman y ojos redondos como los de Mickey Mouse. A Tezuka le maravillaban los ojos que dibujaba Walt Disney. *El ojo es el reflejo del alma*, decía el dibujante japonés. En el manga no existe la pura bondad o la pura maldad. Lo bonito puede ser también espeluznante, lo ingenuo puede vincularse con lo sexy, incluso puede mezclarse lo ridículo con lo perturbador. Los ojos de Astroboy, por ejemplo, nos hablan de pureza, pero también de extrañeza y algo de ridiculez. Y cuando pierden su brillo húmedo, pueden incluso alcanzar un efecto macabro.

Pocas veces nos damos cuenta de que experimentamos sentimientos simultáneos y opuestos, a menos que la vida acelere sus revoluciones. Como sucedió esta mañana: coloco a

Montserrat en su silla de comer y pienso que no es necesario inmovilizarla con los incómodos cinturones de seguridad. Me aseguro de no quitarle los ojos de encima. Sin embargo, en los pocos segundos que me toma revisar si Joaquín ha trazado correctamente las líneas y los círculos de sus planas escolares, ella se levanta curiosa por algún objeto sobre la mesa y al no alcanzarlo cae sobre sus espaldas al suelo, metro y medio abajo. En un segundo pueden apretarse infinidad de emociones. El miedo predomina en el instante en que salto para recogerla. Solo cuando su mirada me encuentra, rompe en llanto. Es la angustia la que se impone entonces, mientras que el más profundo cariño la baña como una cascada. Ella llora, y quizás intercambia conmigo su propio miedo, dolor y pena. Envueltos en el abrazo, los sentimientos se vuelven tan densos que no te dejan respirar. Compunción, aflicción, piedad y enmarcándolo todo, el remordimiento de un padre que ha olvidado sus deberes. ¿Montserrat estará resentida conmigo? ¿Se sentirá a su vez avergonzada por la torpeza de sus piernitas cortas? En mi caso, es la culpa el sentimiento que golpea al final. Mientras que en Montserrat, al verla directamente a los ojos, puedo encontrar detrás de sus lágrimas el perdón y la pureza.



DOS NIÑAS Y UN PERRO

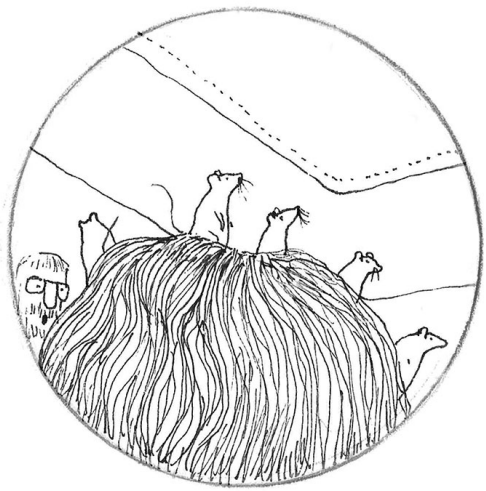
De tanto busque y rebusque, las imágenes que uno persigue pasan a nuestro lado sin hacer ruido. Nos evaden, burlándose de nuestro esfuerzo por traducirlas en palabras. Vamos persiguiéndolas armados con un lápiz y un papel, o con la aplicación de notas del iPad, pero, como mariposas que vuelan demasiado alto, no tenemos el talento para capturarlas. Hablo de instantáneas totalmente ajenas a la rutina, paradojas visuales que solo se presentan ante aquellos suficientemente distraídos como para poder enfocar toda su atención en su brillo. Son pequeñas epifanías con valor solo para quien las busca, como piedritas que los niños recogen fascinados en la playa y en las que, al entregárnoslas, tenemos que mostrarnos interesados para evitarles una temprana decepción. Lo que para ellos es un tesoro, para nosotros solo es canto rodado.

Quizás alguien, desde algún lugar, se apiada de nuestros esfuerzos y nos pone una de esas imágenes frente a nuestras narices. Una de ellas, platónica e indefinible, se me presentó una tarde, de regreso a casa. Al caminar por la calle, encuentro a dos pequeñas vestidas de domingo, detenidas a la orilla de la vereda, de espaldas a la boca de una añeja quinta. Parecen gemelas, aunque las distingue una sutil diferencia de tamaño. O será la ilusión que ofrecen sus dos distintos peinados, una con trenzas, la otra con el pelo largo y lacio. No lo sé. Recién entonces percibo el ruido: un recio bóxer, tras la reja del jardín de al lado, les ladra furioso, como si

convulsionara frente a ellas. Las observo sin que ellas acusen mi presencia. Una de las niñas permanece quieta y preocupada, con las palmas de sus manitas cubriéndose las orejas. Quizás espera que el animal se diluya por arte de magia, que desaparezca llevándose su propio ruido. La otra, sujetando con fuerza con lo que podría ser el palo recortado de una escoba, agita, reta, encara al animal que trata de morder el otro extremo de la madera. Me las quedo observando un momento en que todo lo demás parece quedar entre paréntesis.

De pronto, una mujer, supongo que desde lo más profundo de la vecindad, llama a sus dos hijas a gritos. Gritos que se superponen a los ladridos del animal.

Sin embargo, las pequeñas no responden. Siguen allí, fijas al borde de la vereda, concentradas como están en sus propias maneras de vivir el miedo.



PÁNICO

De noche, de regreso del trabajo, una compañera del diario y yo aguardamos en la estación la llegada del bus. A esa hora, la cola es caprichosa, se repliega sobre sí misma para hacer más compacta la espera de muchos. Deberá llegar más de un transporte para podernos acercar a la rampa de acceso. Por fin, terminado un aburrido baile de pasos cortos, subimos envueltos por un monocorde zumbido. *¡Esperen, Esperen!*, se escucha una voz que detiene las puertas. Una mujer empuja una silla de ruedas y con ella divide la masa de pasajeros como hiciera Moisés con las aguas del Mar Rojo. El hombre sentado en la silla viste mandil blanco de doctor, aunque se asemeja más a un miembro del club de los Hell's Angels, la banda aficionada a las motocicletas de alta cilindrada, casacas de cuero y grasientas cabelleras.

El público responde como lo ordena el manual: da permiso sin chistar y libera la zona reservada para sillas de ruedas. El bus reemprende su repetida rutina y el hombre intercambia palabras con su compañera, mientras coloca sobre sus piernas una mochila deportiva. Sin embargo, no pasará mucho tiempo para que ocurra un ligero choque con la realidad convencional: del pelo rizado del hombre aparece la afilada cabeza de un ratón.

Los ojos de mi compañera de viaje se abren hasta alcanzar un diámetro imposible. Su respetuosa reverencia para con un discapacitado se ha convertido en miedo y repugnancia. El bus va tan atestado de pasajeros que no puede alejarse. La

verdad, ni siquiera puede moverse. Solo atina a voltear la mirada, intentando descifrar la imagen aunque no pueda entenderla, buscando adaptarse al cambio de su entorno, dar con una respuesta que disuelva su confusión. Entre tanto, otro ratón sale del cuello del hombre y se escabulle con dirección a su manga derecha. Luego, la cola de otro roedor florece, repitiendo una sucesión de acontecimientos de los que parece imposible predecir sus consecuencias.

El incómodo silencio de los demás prefigura el pánico inminente. La crisis se evidencia con palpitaciones y sudores fríos que no refrescan. El ataque de miedo feroz se vive como el desplome de nuestro orden. Felizmente, en las situaciones de pánico siempre aparece un héroe. Una señora, de pie a nuestro lado, le dice al hombre: *¡Oiga! ¿No ve que tiene ratones cayendo de su cabeza?* Y él, con el gesto displicente de quien se sacude la caspa de los hombros, va cogiendo sus criaturas de la cola, arrancándolas de sus cabellos para encerrarlas en su mochila antes de retomar la conversación con su compañera. Nuestro miedo los había interrumpido.

TOKESHI Y LOS NIÑOS

Es el último día de su exposición retrospectiva y es el artista quien dirige la visita guiada a lo largo de 30 años de trayectoria. Pinturas, dibujos, piezas de técnica mixta, instalaciones. Símbolos y conceptos. Mi esposa y yo nunca encontramos el tiempo para asistir a muestras, pero esa última oportunidad no íbamos a dejarla pasar. Con los niños a cuestas, bajamos las escaleras de la galería y comprobamos que habíamos llegado a tiempo.

Muchos son los artistas a los que les molesta hablar. Lo que tienen que decir está en la obra, alegan cada vez que uno se atreve a formular una pregunta. Cuando sea necesario justificar su trabajo con palabras, recurrirán a un crítico amigo. Por el contrario, Tokeshi departe con la sencillez de quien conoce su tema. Son reflexiones de alguien que ha pensado mucho antes de abrir la boca. El artista cuenta historias: recuerda aquella obra de hondo dramatismo en la que muchos han querido ver un manifiesto político, y él confiesa que nació producto de una úlcera gástrica. Al comentar sus construcciones en madera, en las que con obsesivo orden organiza los más variados objetos, confesó el desorden que rige su vida para todo lo que no sea su obra plástica. Dice: *Intento rescatar del olvido cada pieza para formar con ellas un universo.*

Allá abajo, Joaquín se ha tirado al suelo y empieza a girar como un reloj. Mi esposa lleva a Montserrat en brazos, que chupa su dedo para calmarse. En ese momento, el artista ha

llevado al grupo a la sección donde cuelgan sus pinturas. Confiesa: *Durante mucho tiempo me la pasé huyendo de pintar con paleta, con óleo, con acrílico. Yo huía de la pintura*. Luego conoció a Luz Letts, la persona con quien hoy comparte su vida. Y afirma: *Viéndola pintar, me entraron unas enormes ganas de sacarme todo que tenía dentro*. En ese momento, mi esposa me recuerda que los niños están muy inquietos. Que algunos de los asistentes empezaban a mirarnos con mala cara.

Antes de irnos,Tokeshi ofrece la definición de su oficio parado delante de su cuadro titulado "Matasueños": *La pintura es un telescopio para poder ver de lejos, un espejo para ver nuestro reflejo y un microscopio para examinarnos por dentro. En el fondo, la pintura para mí no es más que una manera para conectarme con el mundo*.

Sus palabras son suficientes para nosotros. Recojo a mi hijo del suelo, donde se había extendido plácidamente. Al cargarlo, él me dice al oído: *Papi, quiero irme a mi casa*. Y allí vamos con dos criaturas impacientes, nuestras pinturas, nuestros espejos, nuestros universos. Muy lejos aún de verlos en retrospectiva.

RECORDAR EL ENTUSIASMO

Joaquín ha cumplido 6 años. Me lo recordó muy temprano, cuando el despertador apuntaba las cinco de la mañana, deslizándose sobre la cama, aprovechando el estrecho margen entre su madre y yo. *Ya es mi cumpleaños papá, ¿me das mi regalo?*, me pregunta, abriendo mi ojo derecho con su pulgar e índice, buscando alguna respuesta en el fondo del globo. *No puedo esperar, la emoción no me ha dejado dormir*, me confiesa después de que puedo levantarme.

Llego a la oficina y comento el frenético entusiasmo de mi hijo. Una amiga comparte conmigo una historia reciente, como quien intercambia nuevas figuritas para el álbum. Su pequeño regresa a casa feliz para contarle que, en el colegio, su profesora le ha delegado una gran responsabilidad. Ella espera que le muestre el brazalete que los distinga con uno de esos cargos con que los nerds soñábamos de pequeños: brigadier, delegado de aula, responsable del periódico mural. Nada de eso. Su hijo le explicó entusiasmado que cada vez que alguien entre en el aula en horario de clases, él será el encargado de abrir y cerrar la puerta. Un honor solo comparable al de recibir las llaves de la ciudad.

Los adultos no hacemos otra cosa que envidiar a los niños. Su libertad, su espontaneidad, su pureza. En mi caso, lo que más quisiera recuperar es su característico entusiasmo. Sé que es imposible: el entusiasmo es consustancial a la novedad. Especializados en recibir un sueldo por producir siempre lo mismo, hemos sacrificado la novedad por la rutina. La mirada

infantil, en cambio, recibe el mundo totalmente nuevo. Para ellos todo resulta una experiencia inédita y, por lo mismo, se aburren fácilmente cuando los obligamos a repetir tareas.

Vivimos con el entusiasmo amortiguado, porque tras tantas experiencias desafortunadas tememos nuevamente decepcionarnos. Vivimos cuidándonos de mostrarnos eufóricos, utilizando la ironía como defensa. Hasta la palabra es necia: en el argot del periodismo cultural, calificar de "entusiasta" a un elenco de actores es un eufemismo que nos evita afirmar la verdad: que se trata de una tropa de ingenuos aprendices, aún incapaces de acceder a la lid profesional. Justamente de eso hablamos: del entusiasmo del debutante.

Es curioso tanto desencanto con una palabra cuya raíz griega significa nada menos que tener un dios dentro de sí. Signo de nuestros tiempos, se trata de un estado de fe, de afirmación. Pero nos hemos desecho de él, confundiéndolo con una especie de ingenuo optimismo. Es un error: mientras el optimista espera que cosas buenas pasen, el entusiasta actúa para conseguir lo que se busca. Como el niño feliz por abrir una puerta. Como mi hijo que despierta al gigante buscando un tesoro.

CIRCO DE ANIMALES

Mis amigos no suelen creer lo que escribo. A veces, ni siquiera yo puedo confiar en mi propia palabra, pero juro que es verdad. A todo pedal sobre la avenida La Marina, yo debía esquivar elefantes y camellos antes de volver a casa. Me explico: en los 80, nuestros años salvajes, aún era común que los circos se instalaran en ese páramo que se extendía más allá de la Feria del Hogar, en ese inmenso terral que debía atravesarse para llegar al ya extinto Scala Gigante. En julio, el barrio se animaba con el rugido de las fieras y el barrido de paquidermos. Para extender las patas, los empleados del circo cruzaban la pista con esos animales tan enormes como mansos, dejando atónitos a los vecinos.

Es extraño vadear a un elefante con una bicicleta.

A mi padre le gustaba cruzar la avenida para pasear conmigo por las coloridas carpas recién levantadas. Me enseñaba cómo daban de comer a los animales, respirando el olor de la bosta africana como si fuera parte del espectáculo gratuito, paralelo al circense. Todo ese paseo resultaba profundamente melancólico: los felinos adocenados en su jaula, sin energía para sacudirse las moscas; la dignidad del camello, que descansaba con las piernas recogidas, soberbio como si posara al lado de las pirámides; y el elefante, el más solicitado por los niños, bamboleando agotado su cabeza con un movimiento pendular.

Después de ver a los animales íbamos a los juegos mecánicos. Subía con mi padre al tren fantasma, y

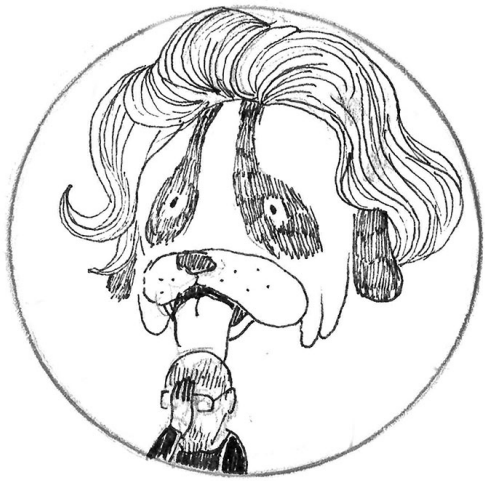
recorríamos su circuito de primitivos monstruos y almas en pena que daban lástima. Me acompañaba también al pequeño escenario donde una mujer podía convertirse, bajo luces estroboscópicas, en un gorila.

Esa noche fuimos al circo. De aquella función recuerdo únicamente el número en el que un Hombre Araña caminaba de cabeza, a diez metros del suelo, colocando los pies en unas argollas alineadas a lo largo de la cuerda floja.

Terminado el espectáculo, encontramos luego a parte de la *troupé* reunida en un restaurante cerca de casa. Los vi sentados sin hablar, en grupos de cuatro. Mujeres muy blancas que no hablaban español, de grandes ojos y aún más profundas ojeras. Hombres barbudos, de abultado vientre, que esperaban la señal de algún entrenador para hacer algún movimiento. La gente de circo parecía tener también conducta de animal enjaulado.

Solté la mano de papá para acercarme a ellos y decirles que tenían el mejor trabajo del mundo. Como respuesta solo intercambiaron miradas. Me sonrieron con pena, si ese oxímoron puede ser físicamente posible. Imagino que lamentaban mi ingenuo entusiasmo.

La magia del circo es de la primera en disolverse.



FORMAS DE ENTENDER A BEETHOVEN

Una razón para explicar las diferencias generacionales radica en el origen de sus fuentes de información. En como los jóvenes aprehenden un mundo diferente al de los mayores, lejos de sus convenciones y costumbres rígidas. Recibimos todos, sin saberlo, versiones reescritas, modificadas, algunas veces drásticamente transformadas de un original, adaptado al espíritu de cada edad. Así, el desencuentro, el equívoco, resulta inminente. Pienso, por ejemplo, en mi hermana menor. Cuando aún existían tiendas de videos de alquiler, descubrí en una de ellas *Mi amada inmortal*, biografía libre del compositor alemán Ludwig van Beethoven, dirigida por Bernard Rose. Es la película ideal para ver con mi madre, un excelente pretexto para visitarla. La llamo por teléfono. Le digo: *Tengo una película sobre Beethoven para ver juntos*. Ella se alegra. Al otro lado de la línea, escucho lejana la voz de mi hermana, entonces adolescente, que pregunta quién llama. *Es tu hermano. Trae una película de Beethoven*, responde. *¿El perro?*, pregunta ella, pensando en la comedia protagonizada por un mastodóntico San Bernardo. *¡Cuál perro! Beethoven fue un gran músico*, le informa mi madre. Escucho el diálogo reprimiendo la risa y pienso, con paternal ánimo educativo, que será necesario ver la película protagonizada por Gary Oldman todos juntos. De noche, el VHS engulle la cinta y nos envuelve la sonata *Claro de luna*. La anécdota cuenta que, tras la muerte de Beethoven en 1827, Antón Felix Schindler, su

secretario y posterior biógrafo, encontró entre sus papeles tres cartas de amor. Fueron escritas el mismo día, con tres distintas emociones influidas por la mañana, la tarde y la noche. Estaban dirigidas a una dama sin nombre, a la que el compositor se dirige como "Mi amada inmortal", y a la que es necesario encontrar porque se ha convertido en albacea de todos sus bienes. A mi madre le gusta la trama. Romance e intriga policial son sus dos géneros favoritos. Mi hermana soporta estoicamente el aburrimiento. Yo me siento orgulloso como hermano mayor: siento haber abierto en ella las puertas a todo un universo de sabiduría musical. Entonces suena el teléfono. Ella salta del sillón y contesta. Es una amiga del barrio que, puedo suponer, la invita a salir. *Ahora no* –le explica–. *Estoy viendo una película*. Se escucha un ronquido indistinto al otro lado de la línea y puede adivinarse la pregunta: "¿qué están viendo?". *Beethoven*, responde con orgullo. Un segundo de después, ella también tendrá, a su modo, que corregir a su coetánea: *¡No tonta!* —exclama—. *El perro no. El cantante*.

LA DISCUSIÓN REPETIDA

Al entrar en la casa hay un momento de extrañeza. Parece vacía. No llega ningún ruido del fondo del pasadizo. Me detengo a un lado de la puerta y experimento la ansiedad de quien llega muy tarde para arreglar las cosas. Esa mañana Malú y yo habíamos sostenido nuestra última discusión. Tenía que ver con desperfectos en las conexiones del agua que pasan por el techo, cuyas filtraciones dibujan curiosos mapas sobre nuestras cabezas. Yo pienso que son solo daños menores, mientras que mi esposa me pide que exija al constructor del edificio responsabilizarse por las reparaciones. Siempre he evitado participar de la administración del edificio, suelo esperar que sean otros los que resuelvan mis problemas. Por eso ella se pone furiosa. No sé si la presión del agua ha disminuido, pero la que existe entre nosotros está a punto de estallar. Ella me recrimina por no interesarme en ningún problema doméstico, que me comporte como el huésped de un hotel. Habla con frases precisas, contundentes.

Esa noche, solo en medio del silencio, temí que esas frases fueran las últimas.

Siempre he ajustado lo que creo mi proyecto de vida en oposición al de mi padre. Me diferencié de él por incompatibilidad de caracteres, por su desinterés en mis intereses, por nuestras opuestas visiones del mundo. Pero, en ese momento, recuerdo cómo la casa de mi infancia resistía en pie por el trabajo de mi madre. Era ella quien cambiaba los focos, la que hacía las llamadas al gasfitero y al

electricista. La que tomaba las decisiones mientras mi padre veía la televisión. Hace mucho tiempo, cansada de esperar que mi padre ofreciera soluciones, mi madre optó por separarse de él.

Ahora temía que lo mismo sucediera conmigo.

En mi esfuerzo por evadir la influencia paterna, he intentado vadear cada uno de nuestros puntos de contacto. Sin embargo, terminé dibujando la misma silueta que nos define a ambos. Cuando pensaba que me había liberado de su ejemplo, entiendo ahora que gozaba de mucha menos libertad de movimiento. Uno lucha por el derecho de asumir su responsabilidad por lo que hace, pero es lo que dejamos de hacer lo que evidencia nuestras más penosas herencias.

Sin embargo, al acercarme a la habitación, estalla una historia distinta. Mi esposa y mis hijos esperaban en silencio para darme una sorpresa. La pequeña Montserrat ha aprendido a aplaudir, esperando con su nueva gracia que la levante del suelo. Por su parte, Joaquín añade las últimas líneas a su dibujo de superhéroes que enseguida me regalará y explicará. Mi esposa me ha perdonado nuevamente. La vida te obliga a repetirte siempre, pero a veces te sorprende. Es su forma de prevenir que vuelvas a contar la historia de toda tu estirpe.

REACCIÓN DE MADRES

El Metropolitano es distinto en verano. Puede compactar la misma cantidad de pasajeros en su interior, pero el calor, la transpiración, la respiración caliente en el cuello, las pieles húmedas frotándose, perturban y agotan. No importa que todas las ventanas estén abiertas: la temperatura caldea los ánimos de los pasajeros y cualquier chispa detona enfrentamientos entre la gente. A uno porque lo pisaron, al otro por no dar permiso, al de más allá por quedarse inmóvil frente a la puerta. El insulto y su respuesta es cosa de todos los días, exabruptos que rodando en la pista aprendimos a ignorar porque son conatos de bronca, solo eso: inicio de acciones que no llegan a terminarse, actos frustrados que no se consumarán. La sangre nunca llega al río. Lo curioso, sin embargo, es cómo acciones que para la mayoría resultan nobles, de una excepcional pureza, sí pueden despertar indignación e incluso escándalo.

Así, en medio del baile de pasajeros que suben y bajan, una mujer con un bebé en brazos encuentra un lugar entre los asientos rojos del bus. El niño llora, y ella libra su pecho izquierdo del sostén para acercar su oscuro pezón al rostro del pequeño. El sorpresivo *topless* de la lactancia es advertido por todos, y por automático pudor, la mayoría de hombres desvía la mirada. Como un mosquito de cinco kilos, la criatura succiona y va consumiendo el interior de su madre mirándola con ojos muy abiertos. El bebé mama con fuerza, alternando con eventuales mordidas mientras con su manita

izquierda acaricia el seno como quien protege un tesoro. Y, sin embargo, un hombre ni viejo ni joven, ni bajo ni alto, imperceptible en su medianía, le increpa: *¡oiga señora, cúbrase!*

La reacción fue inmediata. Un coro de mujeres, adivino que en su mayoría madres, sale en defensa del gremio. Fue tal el contraataque, que el hombre se vio forzado a descender en la estación siguiente. El enemigo se bate en retirada mientras el resto de caballeros se mantiene indiferente. Es un tema que no les concierne, como puede serlo el estallido de una supernova en el espacio profundo. El bebé, por su parte, continúa aferrado a su teta, ajeno al mundo.

Cuando mi esposa estaba embarazada leí en una enciclopedia para madres sobre la importancia de una hormona llamada oxitocina. Además de producir las contracciones necesarias para el parto, afecta la conducta de las mujeres, preparándolas para el cuidado de un bebé. Científicos han investigado sus efectos con ratones de laboratorio. Introducían una cría en la jaula de un roedor hembra virgen para observar cómo este la devoraba. Sin embargo, si le administran antes una dosis de esa substancia, el animal intenta cuidarla como si fuera suya, incluso ofreciéndole alimento. Así se explica la solidaridad entre madres. Pienso si a los hombres no nos hace falta una dosis de lo mismo.

LA NEFERTITI

Nuestro tren llegó de noche a la estación central de Berlín. Para evitar las barreras del idioma, le entregamos al taxista un papel con la dirección. En el camino, Malú y yo pudimos ver el espectáculo de una ciudad en crecimiento, un regalo para una pareja de novios en su primera aventura europea: la gran cúpula del Reichstag, las galerías Lafayette, el Berliner Museum. Al llegar, nuestro anfitrión ya tenía puesto el pijama: un escritor español afincado en la ciudad gracias al Berlin Artists-in-Residence Programme, que le ofrecía por un año una mansión en la capital más confortable de Europa, además de un sueldo nada desdeñable. Cualquiera daría un brazo por ganar esa beca.

Fuera de los efusivos saludos iniciales, el diálogo resultó más bien económico: nos enseñó nuestra habitación, preguntó si necesitábamos algo y finalmente nos deseó buenas noches. A la mañana siguiente, Malú me despertó: *En esta casa no entra la luz*, dijo. Tenía razón: con todos los postigos de las ventanas cerrados, la noche se hacía eterna. Sin reloj, no podíamos calcular la hora en la envolvente oscuridad de la casona construida en los días de Guillermo II. Aguzamos el oído para adivinar la actividad del dueño de casa, sin conseguirlo. Finalmente, aventurándonos en la penumbra, lo encontramos en la cocina, irradiada por la luz de la refrigeradora abierta. En su interior, brillaban tres botellas de vodka y una lata de sardinas abierta. Escribía en su computadora. Aún conservaba el pijama. Un reloj de cocina

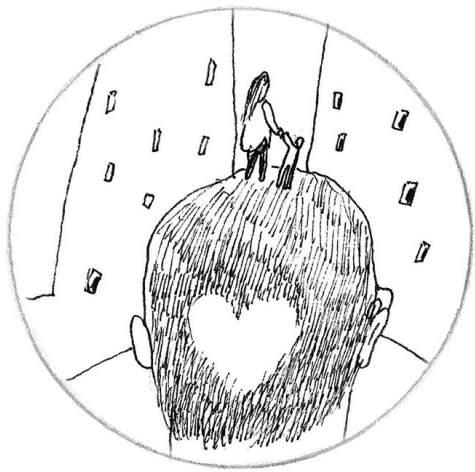
anunciaba el mediodía.

Todo en Berlín es prescindible salvo la Nefertiti, dijo como única respuesta a nuestros planes de cruzar la Puerta de Brandeburgo o perdernos en el parque de Tiergarten. Más que una recomendación, ir a verla parecía una orden.

La cabeza de la reina se exhibía entonces en el Museo Egipcio, en el elegante barrio de Kurfürstendamm. Cuando llegamos a la sala destinada a la segunda Gran Esposa Real de Akenatón, entendimos por qué su nombre significa "la bella ha llegado". Poderosa y sublime, nos ofrecía serenamente sus labios cerrados, como ocultando un delicado secreto.

Al volver, compartimos con el amigo español nuestra fascinación. Tras escucharnos en silencio, aún en pijama, respondió con gravedad: *Deben saber algo: mi madre es idéntica a la Nefertiti*. Los postigos de las ventanas seguían cerrados, pero la luz eléctrica nos reveló un detalle de la casa que no habíamos advertido: la profusión de imágenes de la Consorte Real y de su madre en todos los ambientes.

La repetición nos sobrecoge. Malú y yo descubrimos entonces la respuesta a un misterio más grande que los que atesora la arqueología egipcia. Un hombre solo, deprimido en medio de todas las comodidades, vivía como un fantasma en la ciudad más interesante del mundo. Extrañando a la reina madre.



DÍA DE LA MADRE

Papá Noel no existe, Pero la publicidad lo ha convertido en el protagonista de la Navidad. Nadie protesta por ello. El tradicional nacimiento está lleno de personajes y resulta complicado juntarlos a todos. Difícil que entre un pastorcito y su oveja encuentren espacio para el eslogan, la foto del producto y el precio. Pero Papá Noel, aunque gordo, deja espacio para todo eso y más. Las marcas siempre brillan sobre su abrigo rojo. Es, qué duda cabe, el mejor vendedor del mundo.

Sucede lo mismo con el Día de la Madre. Esa señora regia y maquillada que aparece en la publicidad, salida recién de la peluquería, delgada como modelo de revista, no existe. Pero las tiendas quieren que yo la convierta en mi madre. Ese es el talento de un fotógrafo publicitario y un buen iluminador que por décadas nos ha enseñado a desear imágenes que no existen. Nuestra madre ideal es el Photoshop.

Sin embargo, a diferencia de Papá Noel, las madres son reales. Es una verdad de Perogrullo, pues cada quien endiosa a la suya. Pero las otras, las madres de los otros, se nos ocultan detrás de aquellos carteles de mujeres perfectas. Cuando hay dinero, mordemos el anzuelo y participamos del sueño.

A veces suceden cosas que nos hacen despertar. Esta semana, por ejemplo. Rumiando mi rutina, puestas las orejeras que nos impiden ver hacia los lados, cruzo el Jirón Lampa para entrar al diario. Pero al ganar la acera, en ese

preciso momento, el hijo de la mujer que todos los días ha intentado venderme un caramelo sin éxito, ese niño de dos años que he ignorado las últimas semanas porque llego tarde al trabajo, ha tropezado con sus propios piecitos y ha dado contra el suelo dejando caer su desayuno. Un líquido oscuro y ralo, aunque con algunos grumos que sugieren presencia de avena.

Basta una acción para despertar del sueño. Una acción nos hace darnos cuenta. Un accidente rompe nuestra embrutecida rutina, nos descubre la realidad y nos impulsa a brindar ayuda. Ella se llama Rosa. Su pequeño, Percy. Le pregunto dónde vive. Muy lejos, me responde esa madre real, la que me había escondido el sueño del confort y el consumo. Rosa no es fotogénica. No sonríe siempre, ni celebra todas las bromas de sus hijos con un falsificado abrazo publicitario. No son madres de anuncio. Pero el vínculo con sus hijos es poderoso. Debe enseñarles a sobrevivir.

Mirar el mundo real, sin eslóganes, sin falsa luz, sin retoque. Olvidarnos un poco del último catálogo de la tienda de departamentos. Despertar del letargo consumista y abrazar a una madre real, sin accesorios, al natural. Ahora que yo soy padre, no dejo de admirarla: mi regalo no será otro que agradecerle por haber sabido protegernos de los terribles años de nuestra infancia, el tiempo en que la crisis nos igualaba a todos.

FIEBRE

Te das cuenta cuando te mira sin responder. Horas antes había marcado con su vómito la calle y, poco después, el piso de su habitación, al lado de su cama. Lo observo: los ojos grandes enmarcados por una sombra que me acobarda. La respiración rápida que anima el cuerpo frágil y vencido. Le pregunto si se siente mejor y Joaquín me mira absorto, como si me hubiera convertido en su programa favorito de televisión. Te das cuenta entonces que debes tomarlo en brazos y bajar las escaleras, repitiendo un simulacro de incendio. Mi esposa nos esperará en casa. A esa hora, no hay quien se quede a cuidar a la bebé.

Las calles del domingo, felizmente, no ponen obstáculos al vuelo del auto. Ignoro al policía que me pide que estacione correctamente el vehículo. Recojo a mi hijo del asiento trasero y cargo con él. Corro a grandes trancos, sorprendo, asalto, gano la estación de emergencias. Mi hijo se queja de un agudo dolor abdominal. Suponía que, como ocurre en las teleseries médicas, delante de nosotros se abriría todo un eficiente despliegue de camillas, paramédicos, enfermeras y cirujanos. Qué ingenuo puede ser un padre joven. Cuando en recepción me avisan que otros niños han llegado primero y que debo esperar mi turno, descubro que la palabra emergencia solo son letras rojas pintadas sobre una lámpara halógena.

Niños lloran delante de mí. Sus madres los abrazan como yo. Joaquín me repite que le duele su barriguita. Luego calla,

al quedarse dormido. Delante nuestro hay una niña que espera que le retiren los puntos de un dedo herido; otro ha llegado por una hernia. Una mujer se salta la fila e irrumpe en urgencias diciendo que la fiebre devora a su hijo. Ha usado esa palabra: devorar. Yo pienso qué reglamento extraño define que las emergencias se atienden por orden de llegada y no por sentido común. Me quejo ante la enfermera y la enfermera me pide paciencia. Al llegar su turno, una mujer que esperaba con una tranquila niña de la misma edad que mi hijo, y que ha escuchado sus gemidos, me cede su turno. Yo agradezco conmovido tan enorme generosidad. No todo está perdido, pienso.

En la sala de observación procedieron a inyectarle el suero, aunque fue el examen de sangre lo que resultó más doloroso para él. Joaquín soportó dos jeringas clavadas en sus brazos sin gritar. No quería expresar su miedo porque le había prometido adelantar el regalo de Navidad al volver a casa. Afuera los niños claman de dolor y miedo, pero mi hijo lo soporta todo porque un premio le espera.

Cuando vuelve a caer dormido, me extiendo a su lado y compartimos la camilla. Gota a gota de suero salino, sus mejillas vuelven a adquirir color. Sus ojeras desaparecen. Ese era el regalo que yo esperaba. En la noche más oscura, el miedo se disuelve.

EL HOMBRE PEZ

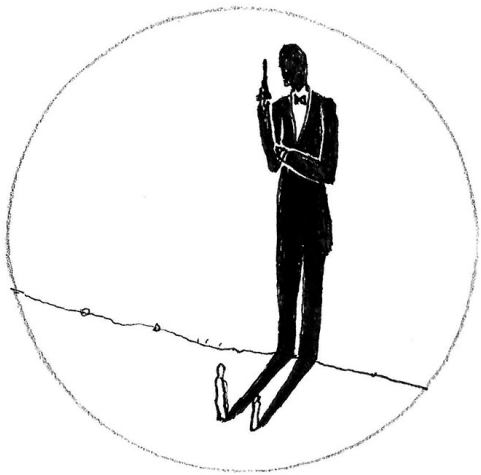
Las avenidas de Lima son, por encima de todo, un teatro y un campo de batalla. Un ejemplo: en el taxi, ya acomodado en el caluroso vaivén del pesado tráfico del jirón Lampa, me sorprendo al ver a un hombre meter la cabeza por la ventanilla derecha del auto. Es el movimiento de un pez que busca alimento en las aberturas de un arrecife. Mi primera reacción, saltar al extremo puesto del asiento, obedece al temor de perder el maletín al alcance de sus manos. Pero pronto me doy cuenta de mi error de apreciación: el hombre no tiene manos. Tampoco brazos. La cabeza del hombre que entonces nos mira sin hablar está mal instalada sobre un tronco sin más proyecciones que las piernas que lo sostienen. Su cuerpo no tiene más volumen. Ni siquiera una voz. Una camiseta raída deja mover sus mangas cortas como dos aletas inertes. Para hacerse entender lleva un cartel de cartón colgado al cuello, con un mensaje que alguien le ha apuntado con crayola negra. Una larga oración que ni el chofer ni yo intentamos leer, pero que remata en un pedido de auxilio en grandes letras trazadas en mayúscula. En mi repliegue, no tengo siquiera el valor de mirarlo a los ojos. Más bien, espero a que el hombre se aburra de nosotros y busque ayuda en otra ventanilla abierta, como un niño que espera atento a sus zapatos que el objeto de sus temores se disuelva. Tengo 41 años y siento vergüenza por repetir un recurso tan infantil. Pero no encuentro otro.

Entonces el semáforo se pone en verde y el taxista decide

arrancar sin siquiera esperar que el mudo invasor se retire y tome suficiente distancia. Sin embargo, este llega a sacar la cabeza con la misma rapidez de un vertebrado acuático. Seguramente otras veces habrá quedado atorado en otros autos apurados y ha aprendido a calcular su retirada. Seguramente muchos otros choferes y muchos otros pasajeros se comportaron con él igual que nosotros. En medio de la avenida, el hombre proyecta una imagen que lo convierte en símbolo. Pero no sé de qué. Y yo no hago nada. Mantengo con el taxista un silencio incómodo y sigo mirando mis zapatos. Solo pienso en una imagen: la de un pordiosero sin los brazos necesarios para pedir limosna.

Al llegar por fin al periódico, comparto con los compañeros de trabajo el extraño encuentro. Les confieso mi incapacidad para imaginar la forma en que ese hombre esperaba recibir ayuda. Una compañera redactora más joven que yo me mira con la infinita piedad de quien sabe que puede explicarme algo tan obvio.

Me dice: *Tenías que ponerle la moneda en la boca*.



BOND

Siempre fue un placer culposo. Desde que mi padre me llevó a ver *Octopussy* en el cine Pacífico. Era la decimotercera película de la saga de James Bond y la sexta protagonizada por Roger Moore. Se filmó en 1983, y yo tenía 13 años. No la he vuelto a ver, y conservo solo fragmentos difusos de aquella función: un espía disfrazado de payaso que muere con un huevo Fabergé en la mano, una partida de Backgammon entre Bond y su enemigo, un ejército de mujeres vestidas de seda, y Roger Moore, que en el último segundo logra desmantelar el mecanismo de una bomba atómica. He olvidado gran parte del filme, pero recuerdo su circunstancia: mi ansiosa espera hasta el fin de semana para salir al cine en un paseo exclusivo de padre e hijo. Había algo de secreto también en esas escapadas, ver cada dos años una nueva película de Bond era un acto de complicidad con él.

Cuando el prescindible Timothy Dalton debutó en la saga con *Su nombre es peligro*, a fines de los 80, Bond se movía en un mundo donde la Unión Soviética agonizaba. Sin embargo, entre mi padre y yo desarrollábamos una personal Guerra Fría. En mis últimos años de colegio, yo me sentía entonces tan comunista como el Che Guevara y tenía colgado en mi cuarto un enorme afiche del guerrillero cubano diseñado por Jesús Ruiz Durand.

En *GoldenEye*, la primera protagonizada por Pierce Brosnan, el matrimonio de mis padres empezaba a desmoronarse. La culpa no fue del terrorismo internacional,

sino de las paranoias y neurosis de mi padre. Seguíamos yendo al cine, pero no teníamos muchos temas para hablar. A él nunca le gustó Pierce Brosnan. Le quedaban grandes los zapatos de Sean Connery, decía. Entonces él vivía en otra casa, con otra pareja. Y yo me identificaba con los enemigos de Bond. Con Christopher Walken y Jonathan Pryce en su deseo por destruir el mundo o, por lo menos, moldearlo a su gusto. Cuando lo has perdido todo, no hay remordimiento antes de apretar el botón rojo.

El mañana nunca muere la vi solo. A mi padre un ataque cardíaco lo retiró del servicio. Tenía 53 años. Muy joven, si pensamos que Roger Moore caracterizó a Bond hasta los 58. Pudimos haber vivido muchas más aventuras, pero los corazones enfermos son el verdadero enemigo. Ahora llevo casi 20 años sin faltar a un estreno de las películas de Bond. Acabo de ver *Skyfall*, en un cine semivacío, acompañado solo por dos ancianas que repiten a mis espaldas que no hay mejor Bond que Connery. Celebrando los 50 años de la saga, Daniel Craig saca del garaje su viejo Aston Martin color plata, y recorre en él los rocosos caminos de Escocia para regresar a la casa de sus padres y enfrentar a Carlos Bardem en su batalla final. Es el 007 más rubio y el de más difícil sonrisa. Un Bond que sangra y es más vulnerable. ¿Te gustará, papá?

EL PASAJERO SENTIMENTAL

No suele pasar. Que el auto en que tu padre te llevó de vacaciones a Paracas a los 9 años, el Hillman Hunter crema que vendió en 1985, te encuentre en la calle, treinta años después, y te invite a subir. La vida ha sido dura con él. De ser el auto de un puntual representante de ventas, siempre brillante por incontables capas de cera, se había convertido en un taxi más, con la carrocería curtida a fuerza de choques y abolladuras.

De lejos el Hillman solo me despertó una vaga nostalgia. Irreconocible de un primer vistazo, negocio con el chofer la tarifa y entro al auto. Al sentarme, experimento la voracidad del asiento posterior: como las encías de un anciano, la máquina de Chrysler me muerde sin herirme, va succionándome hasta llevarme a un punto muerto, entre su garganta y la maletera. Al caer en un bache, el asiento me expectora e intento sentarme en un lugar menos blando, pero es imposible. Su lengua tapizada vuelve a llevarme hacia dentro. Entiendo lo que siente un insecto en las fauces de una *Dionaea muscipula*, la mortal venus atrapamoscas. Y en los minutos que le toma digerirme, tengo tiempo para observar mi entorno.

Llaman paramnesia a la experiencia de sentir que se ha experimentado previamente una situación nueva. Un recuerdo que no sabes de dónde viene, un *déjà vu* que te obliga a volver a la infancia, al tráfico de la avenida Venezuela mientras papá me lleva al colegio La Salle y por la

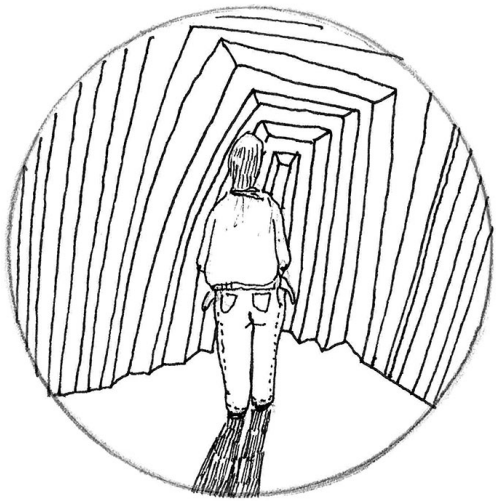
radio suena El show del bolero. Encuentro restos de una vieja calcomanía en el vidrio, el rastro de Soldimix en la cabeza de los tornillos que colocaba mi padre para evitar robos, la imagen de su santo patrono que ha sobrevivido de milagro pegado al tablero. Entendí. Era el auto.

Hace minutos no era para mí más que un taxi entre otros cien mil semejantes. Pero aquel recuerdo doméstico lo transformó. Ese Hillman se volvió único en el mundo.

No compartí mi secreto con el chofer. No quería que él conociera la edad dorada del auto y de mi infancia. Todo resultaba demasiado personal, la melancolía por el bien perdido, la tristeza de un vehículo brillante convertido en una destartalada bestia de carga. Para sobrevivir, el auto de papá había aprendido a correr al margen de la ley, a robarse la luz, a entrar en las calles contra el tráfico.

Por fin llegamos al destino. Pago lo acordado e intento liberarme del asiento con bruscos movimientos pélvicos. Con la humillación de quien se sabe en falta, el taxista me dice: *Disculpe la incomodidad*.

Cuando logro salir del Hillman, me alejo un poco y escondo el rostro. No quiero que me vea y tome a mal si me pongo a llorar.



ALICIA HASTA EN LA SOPA

Queremos que hables sobre Alicia en el País de las Maravillas, me dice la productora de televisión. Preparan un nuevo programa sobre literatura en un canal por cable y mientras me comparte su entusiasmo yo pienso que deberé someterme a lo usual: una entrevista rápida que intentará, de ser posible, despertar la curiosidad del espectador por alguna lectura. Sin embargo, ella me proponía algo distinto. Participar de un programa que profundizaría en las claves de una novela que llevo años intentando plagiar. Me cuenta que me preguntarán sobre Lewis Carroll y sobre detalles de su biografía como escritor, diácono anglicano, pensador matemático, inquietante fotógrafo de niñas. Por supuesto, hablaremos de la novela, plagada de pistas sobre la rigurosa educación victoriana y la política británica de su época. Pero, sobre todo, me pide que analice cómo la Alicia de Carroll nos habla sobre los vasos comunicantes entre lo real y lo fantástico.

Cuelgo el teléfono y me quedo pensando la causa de mi obsesión con esa novela. No tengo respuestas: nadie me la leyó de niño, tampoco he visto, hasta hoy, la versión animada de Disney. Ni siquiera me gustan los gatos ni los conejos. Intento recordar el origen de su influencia, pero la respuesta se escabulle, inalcanzable, como una moneda entre las mullidas costuras de un sillón.

Días después, mi madre viene a visitarnos. Había estado poniendo en orden el contenido de los roperos y se preguntaba si me gustaría conservar la pieza de vajilla donde

me hacía tomar la sopa (su pavorosa sopa de espinaca) en mi olvidada primera infancia. Me dice que, quizás, la pequeña Montserrat podría hacer uso de ella. Se trataba de un pequeño tazón y su platito de loza inglesa, en cuyos bordes y fondos lucen, con intenso color sanguina, las ilustraciones originales del libro a cargo de John Tenniel. Al centro, Alicia parece absorbida en el sillón frente a la mesa en la que se alinean tazas de té. Resignada al absurdo, ella dirige su mirada hacia el resto de los comensales: una liebre usando pajarita y el Sombrerero que, presidiendo la ceremonia, parece a punto de soltar una sentencia delirante. Casi desapercibido, el hurón agacha la cabeza y cierra los ojos. Era la ilustración que, día tras día, iba apareciendo conforme yo aceptara las últimas cucharadas de verde menjunje. Al ver el juego, siento que volver al pasado es como caer por la madriguera del conejo.

Muchas veces las influencias no parten de un original. En mi caso, el amor que le tengo a una novela nació antes de leerla. Simplemente, se nutrió de las sopas de mi madre que cubrían los dibujos de un hondo plato de loza, y de mi interés en que aparecieran de nuevo ante mis ojos, aunque para ello tuviera que beber del trago amargo de la realidad.

PAPÁ NOEL ES SUECO

Varios estudios han caracterizado a Suecia como uno de los países más ateos del mundo. No creen en la existencia de Dios ni de ninguna clase de espíritu o fuerza vital. Sin embargo, ese país se disputa con Groenlandia y Finlandia el origen de Papá Noel. En su casa de Arvidsjaur, en la remota Laponia sueca, cerca del círculo polar, el Papá Noel sueco recibe cartas de niños de todo el mundo y les agradece con regalos la creencia en su verdadera ciudadanía.

Cuando en diciembre de 2010 tuve la suerte de cubrir la entrega del Premio Nobel para Mario Vargas Llosa, descubrí una Estocolmo que bien podría ser el escenario de C*uento de Navidad* de Dickens. La nieve cruje y sisea bajo tus pies cuando atraviesas las angostas calles adoquinadas del casco antiguo, antes de desembocar en plazas donde, desde hace siglos, se celebran mercados navideños. En el aire helado, casi adquiere forma el aroma de las castañas asadas, de los bollos de canela, del chocolate caliente y del vino tibio que allí llaman *glögg*, aderezado con especias, azúcar y miel. En esta tierra pocos hablan de Dios, pero donde se mire habrá decoración artesanal, juguetes hechos a mano y galletas de jengibre.

Un peruano que echó raíces en esa ciudad hace 20 años me explicó la lógica de aquella aparente contradicción. En un país donde la gente vive sola, la Navidad era la única oportunidad en todo el año para que una familia dispersa por toda la vieja Europa pueda reunirse. En aquella noche

especial, mientras afuera las temperaturas descienden a 20 grados bajo cero, padres e hijos comparten calor.

No soy creyente. No voy a misa. No pretendo dar testimonios de fe. Y, sin embargo, me gusta la Navidad. Solía sentirme culpable por eso. Experimentaba la culpa del oportunista que aprovecha de una religión solo su fiesta mejor promocionada. Un agnóstico que se respete no debería estar redactando listas de regalos ni colgando luces de un árbol como lo hago yo con entusiasmo infantil.

En Suecia encontré la respuesta a mis contradicciones: creer en el vínculo. En aquellas personas a las que puedes llamar, por las razones que mejor consideres, tu familia. Hace años, con mi madre y mis hermanas, la mesa donde se servía el desayuno navideño nos resultaba cómoda. Hoy, debe colocarse un largo tablón sobre ella para poder acoger a un clan en permanente crecimiento. Mi madre hará una oración que me acompañará todo el año. En ella, agradeceremos por lo que conseguimos este año y recordaremos a los que no están (suele ser la parte más conmovedora). Aquí, donde no hiela fuera, y donde la familia suele estar mucho más cerca, celebramos no estar tan solos.

LAS VACAS FLACAS

De pronto escucho al ministro de Economía hablar de tiempos de vacas flacas y desaceleración económica, y por asociación recuerdo mi infancia en los años 70. Esos sí eran tiempos de crisis. No dejo de admirar a mis padres por criarnos sin dejarnos advertir lo pobre que era entonces la clase media. Ajeno a toda la coyuntura política, para mí los rigores de la dictadura militar se manifestaban en la prohibición de los juguetes importados e interrupciones de hombres uniformados con sus Mensajes a la Nación en mis programas televisivos.

Paradójicamente, creo que el mundo era mucho más real entonces.

En tiempos analógicos, no había otro modo de capturar la realidad que con nuestros sentidos.

Hablábamos con alguien y estábamos concentrados en ese acto, atentos a lo que nos decían y decíamos. Ahora hablas con alguien y ese alguien asiente mientras observa su celular, deslizando su dedo por la pantallita.

Mi generación fue la última en pasar el día en la calle sin que los padres se preocuparan demasiado. Quizás había allí cierto sentimiento de orfandad. Los padres de entonces no sonreían, no intentaban ser amigos de sus hijos, como buscamos hoy con enfermiza obsesión. Mi generación encontraba por sí misma su paso a la adultez.

La mía fue la última generación que, en un mundo mucho más lento, consideraba la paciencia como un valor. Por eso

podíamos esperar quince días hasta la llegada del último número de Batman al kiosco de mi calle. Por cierto, quizás fuimos también la última generación que creía en los héroes. Que vimos pelear a Ultrasiete contra monstruos del espacio, identificando fácilmente dónde se ubicaba el bien. Creíamos saber qué era lo claro y qué lo oscuro.

Para mi generación, pasear por el Centro de Lima era recorrer la subterránea ciudad marciana donde se presentaba un filme como *Vengador del futuro*. No te sorprendía encontrar a Schwarzenegger en un bar de hombres con el rostro derretido y mujeres con tres tetas. Era el lugar al que tus padres te habían prohibido ir. El pasado se escribe con las leyes de la memoria, tan diferentes a las otras. En él no existen finales felices, sino solo nuevos inicios. Somos testigos de historias que se diluyen en otras.

Pienso todo eso cuando escucho hablar al ministro de Economía. Vuelvo a recordarlo después de pagar en el banco mi hipoteca en dólares, cuyo cambio ha subido considerablemente. Entiendo entonces que los tiempos de vacas flacas son aquellos que te obligan a aceptar la incertidumbre. Y me siento ahora más cerca de mis padres.

EL TESORO DE LA JUVENTUD

Traducida del inglés, la enciclopedia *El tesoro de la juventud* fue publicada en España en 1920 por Walter Jackson y distribuida rápidamente en las capitales más importantes de América. Para miles de hogares de clase media, entonces sin televisión, sus 20 tomos eran una ventana al conocimiento. Yo la heredé de mi padre, igual que mi padre la heredó del suyo. La colección estaba organizada en capítulos bajo títulos tan obvios como "El libro de los hechos heroicos", "El libro de las narraciones interesantes", "Los países y sus costumbres". En el Perú se distribuyó la edición argentina, cuyo compilador fue el jurista Estanislao Zevallos, vocero ideológico de la tristemente célebre Campaña del Desierto, que enarbolando la bandera de la civilización arrasó con los pueblos originarios de la Patagonia. Zevallos advertía en el prólogo que aquella enciclopedia era una obra civilizadora, *pues los hijos de los hogares pobres, expuestos a los peligros de las calles, de los campos y de la vida vagabunda hallarán en esta lectura reconstituyente un motivo de permanencia en el hogar*.

Cada tomo de *El tesoro de la juventud* contenía narraciones, juegos y pasatiempos, acompañados de fotos e ilustraciones que destilaban racismo y entusiasmo colonialista. Un ejemplo ilustrativo: en la sección "Los tesoros ocultos de la Tierra", bajo la foto de unas barracas donde malvivían mineros negros sudafricanos, se lee en la leyenda: *Millares de cafres son empleados en la minas de oro del Sur de África. Si se tiene cuidado con ellos, llegan a salir buenos trabajadores*. Mucho más

explícito es el texto del propio Zevallos al describir las tropas del ejército argentino: *formadas por gente blanca y rubia, pues la mezcla con la inmigración ha hecho desaparecer al negro y a las razas inferiores*. Sus páginas científicas celebraban la maravilla de un tren capaz de viajar a 96 kilómetros por hora o describían con frenesí la aventura de volar en un biplano. Sin embargo, por pudor, eliminaban la palabra sexo del extenso índice. Es decir, se aplaudía el descubrimiento pero se escamoteaba el autodescubrimiento. Decisiones editoriales de una enciclopedia que se presentaba entonces como un compendio del saber humano y de los bienes del espíritu, dirigida a una juventud encerrada y fuera de peligro. Ese era el tesoro que nuestros abuelos propusieron a nuestros padres y ellos a nosotros.

Ayer hice limpieza en casa y depuré la biblioteca. Aquellos tomos fueron los primeros en desaparecer. Mis hijos no llevarán esa carga. Hay herencias que es mejor no conservar.

PARACAS

Acabo de firmar la autorización del viaje que mi hijo emprenderá con todos sus compañeros del colegio Los Reyes Rojos. Cada año, durante cinco días, profesores y todo su alumnado salen a recorrer algún destino del país. Desde los niños de inicial hasta los manganzones de secundaria. Este año, el lugar elegido será el balneario de Paracas. Para Joaquín será su primer viaje largo por tierra, y yo tengo miedo porque suele marearse sobre el asiento cuando se sube al auto. Sin embargo, me siento orgulloso de su pequeña independencia. Lo veo escoger el muñeco que llevará al viaje para acompañarse al dormir. Quiere llevar su blando pingüino de felpa, su mejor amigo inanimado. Temeroso de que lo pierda, le explico que, en una tierra llena de aves marinas, quién sabe si su peluche no querrá quedarse con ellos. Él lo piensa y me responde: *Tienes razón papá. Mejor llevo a mi león. ¡Es más confiable!*

Es de noche y viene la hora del cuento, pero en lugar de tomar un libro del estante le pregunto si quiere que le describa el destino de su aventura. A él le gusta la idea.

Le explico entonces que allá la tierra parece sonrojarse al ponerse el sol. Que las curvas insinuantes del desierto renuevan el lugar común de considerarlas femeninas. Que la luz se contrae despacio por la inmensa llanura, seduciendo por el cambiante contoneo de los colores que tiñen las arenas, pajizos primero, bermellones después. Luego, le hablo del paisaje de la bahía y del sonido del mar. Camino con él

imaginariamente por el balneario, iluminado entonces por un sol oblicuo y frío, con una luz tan ligera que podría apagarse de un soplido. Percibimos olores olvidados hacía tiempo en la ciudad, vemos colores puros mientras mi memoria va y viene dejando en las expectativas de mi hijo una especie de espuma blanca, como la que deja el mar en la orilla de la playa. Joaquín cierra los ojos para recibir la brisa marina. Al abrirlos de nuevo, podría pisar los maderos del muelle de pescadores, siempre brillantes por un barniz de agua salada.

Intento contarle todo, pero no puedo evitar reservarme algunos recuerdos. La imagen de una chica que echa hacia atrás el cabello y que nunca quiso salir conmigo; las clases de un amigo que me enseñaba cómo insertar el sebo en el anzuelo antes de arrojarlo al agua en una aburrida mañana de pesca; la torpe relación de mi padre con la playa, un lugar en el que nunca se sintió cómodo y donde nunca se quitaba los zapatos. Joaquín pronto empezará a hacer su maleta de viaje y yo sentiré un nudo en el estómago. Ya no es él quien me preocupa, sino la vigencia de mi nostalgia: que la tranquila caleta de pescadores que conocí a los 10 años haya cedido su lugar al boom inmobiliario. Ya me lo contará él a su regreso.

«Lo recuerdo como mi primer maestro de verdad, uno que enseñaba sobre el terreno, un guía generoso que se daba el tiempo de compartir su conocimiento y experiencia. Un primer jefe, si es bueno, es como un primer amor de algo.»

Gabriela Wiener

«Enrique Planas es un maestro de los monólogos y de la tensión narrativa. Su obra apenas se conoce fuera del Perú, a pesar de que Planas es una de las más sólidas figuras de la nueva narrativa peruana contemporánea.»

Fernando Iwasaki

Demasiada responsabilidad es una confesión de parte y un alegato a favor de una nueva forma de paternidad: más tierna y frágil, pero también más sabia. A través de historias, reflexiones, apuntes y obsesiones Enrique Planas identifica las

fibras que unen a padres e hijos, también las filias y fobias que los acercan y separan, y propone la doble tarea de hacernos niños en la paternidad y, a su vez, la de encontrar en la infancia lecciones adultas. En ese sentido, este opúsculo bellamente ilustrado por Eduardo Tokeshi es también un pequeño tratado de educación sentimental.

Enrique Planas

Nació en Lima en 1970. Es escritor y periodista cultural. Su primera novela, *Orquídeas del paraíso* (1996), fue reconocida en su versión escénica con el Premio del IV Festival de Teatro Peruano Norteamericano. Su segundo libro, *Alrededor de Alicia* (1999), recibió el Premio de Novela del Banco Central de Reserva del Perú. Ha publicado además, las novelas *Puesta en escena* (2002), *Otros lugares de interés* (2010) y *Kimokawaii* (2015). La Feria Internacional del Libro de Guadalajara lo reconoció como uno de Los 25 Secretos Mejor Guardados de la literatura latinoamericana.

LITERATURA RANDOM HOUSE

DEMASIADA RESPONSABILIDAD

Textos publicados originalmente en el diario *El Comercio* de Lima entre 2011 y 2013
© 2017, Enrique Planas
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 601, Miraflores, Lima, Perú

Literatura Random House es un sello editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN digital: 978-612-4271-24-3
Primera edición digital: junio de 2017

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial /Apollo Studio
Ilustraciones: Eduardo Tokeshi
Conversión ebook: Gerson Rivera

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Penguin
Random House
Grupo Editorial